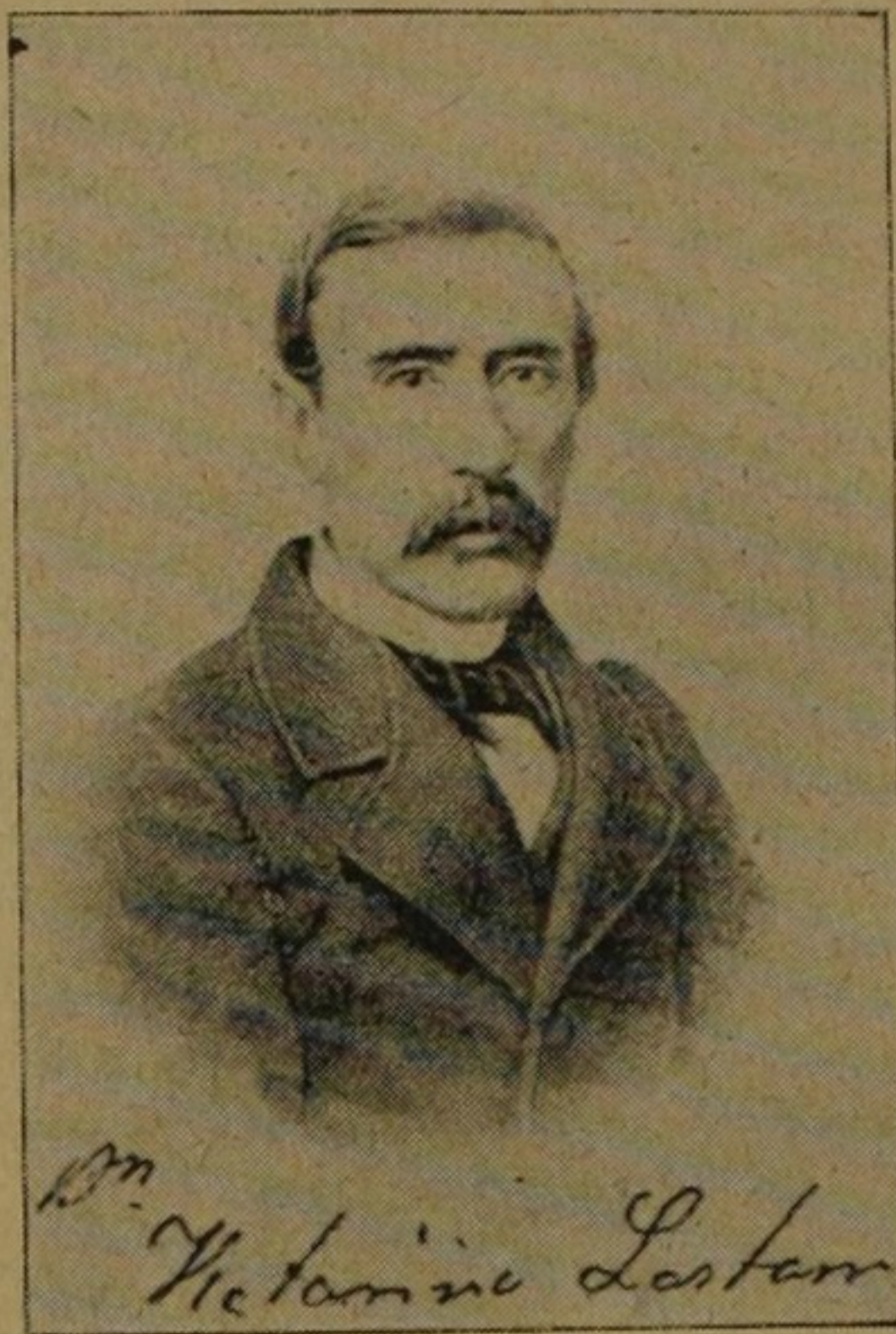


El retorno a Lastarria

—Envío del autor—



La crítica literaria viene mostrándole mala cara a la historia chilena desde unos cuantos años. La acusa de poco artística, al paso que le reconoce su documentación laboriosa. A veces le reprocha también su prolijidad que no encuentra justificada con dosis equivalentes de filosofía. En suma, quiere trastornar la noción de historia que hasta hoy ha regido en este suelo. Si los cronistas hicieran caso a la crítica, deberían introducir en sus escritos grandes cantidades de ideas generales, no poca moral colectiva, unos granos de humor y buenas pulgaradas de novela. En suma, tendrían que darse un trabajo inmenso. Si hasta ahora ha sido posible sentar fama de historiador copiando un archivo y firmando cada tomo en que ese archivo fuese dado a luz, la crítica quiere que eso no sea posible en el futuro. Descontentadiza, tuerce el gesto cada vez que se le acerca una obra de ese género. Pide más y pide, sobre todo, una elaboración más intelectual y artística más compleja.

Entre tanto no será ocioso dilucidar cómo ha podido nacer en este país tan bien preparado para la historia un concepto tan extraño de ésta. Volvamos la mirada hacia el pasado.

En 1829 llegaba a Chile un distinguido intelectual venezolano que había vivido y estudiado largamente en Londres, don Andrés Bello. En 1843 se inauguraba la Universidad del Estado en Santiago y su primer Rector era el mismo señor Bello. En 1844 se daba cumplimiento a una disposición orgánica del establecimiento y se leía la primera memoria histórica. Autor de ella era un joven escritor a quien don Andrés tributaba el homenaje de su admiración: don José Victoriano Lastarria. El señor Lastarria había nacido poco antes de consolidada la Independencia, y muy joven entró a dar clases en el Instituto Nacional. Espíritu generoso y un poco soñador—a pesar de su ascendencia vizcaína—, se había enamorado de la democracia y de la libertad. Creía en la perfección del hombre en colectividad y no vacilaba en mostrarse optimista en filosofía:

El género humano tiene en su propia esencia la capacidad de su perfección, posee los elementos de su ventura y no es dado a otro que a él la facultad de dirigirse y de promover su desarrollo, porque las leyes de su organización forman una clave que él solo puede pulsar para hacerla producir sonidos armoniosos. (*Miscelánea histórica y literaria*, Tomo I. Pág. 10.)

En literatura su originalidad era, si se quiere, mayor. En su mencionadísimo discurso pronunciado en la instalación de la Sociedad Literaria propugna ideas que tienen hoy considerable actualidad y que si no han hecho mayor camino en nuestras letras, se debe seguramente a que los escritores chilenos no las han meditado suficientemente. Amigo de Sarmiento, debió guardar un difícil silencio cuando el agresivo cuyano vióse envuelto en ruda polémica literaria. ¿Qué hacer? Sarmiento peleaba contra el circunspecto don Andrés Bello, a quien

reprochaba precisamente *saber demasiado*. Lastarria, discípulo de Bello, no podía indisponerse con éste so pena de perder todo su valimiento en la esfera universitaria. El chaparrón recrudece en varias ocasiones hasta que poco a poco amaina por completo. Entonces Lastarria lee su famosa memoria histórica, con lo cual echaba sobre mí—escribe—la inmensa responsabilidad de dar el tipo de los escritos de historia nacional (obra cit., t. I, pg. VIII.)

¿Qué dice en esa Memoria? ¿Cuál de las aserciones de esa ocasión conserva su validez? Fuera de las cuestiones filosóficas que Lastarria toca en ese escrito, hállese todo lo que forma su anhelo de fijar la pauta conforme a la cual debería escribirse la historia chilena en el futuro. Al calificar su propio estudio él cuidará de hacer saber que:

No os presento, pues, la narración de los hechos, sino que me apodero de ellos para trazar la historia de su influencia en la sociedad a que pertenecen, cuidando de ser exacto e imparcial en la manera de juzgarlos. (Obra citada, tomo I, pág. 18.)

Con lo cual queda suficientemente planteada la concepción filosófica y moral de la historia que el autor probó con el ejercicio de toda su vida. Jamás movió su pluma el mero deseo de precisar o narrar acontecimientos. A la investigación prefirió la exposición de teorías, y más que discutir si un general mandaba a veinte o a veintinueve oficiales, le interesó averiguar cuál era la doctrina que ese general y esos oficiales tenían del gobierno y cómo la sirvieron. Pero la semilla que Lastarria arrojó entonces no tuvo acogida y se perdió. Bello, su egregio maestro, con muy buenas razones no la juzgó oportuna e incitó a los jóvenes amigos del estudio a perseguir documentos e informaciones antes que a trazar cuadros generales y síntesis brillantes. Temía el señor Bello, que estos mestizos sureños, a pesar de su

reconocida apatía, se entusiasmaran con las teorías como los salvajes con los espejos de bolsillo y los fósforos. De allí nació la historia puesta al servicio de los hechos, que es toda nuestra historia. En la orilla opuesta está Lastarria, el teorizante de la historia puesta al servicio de las ideas, esperando que se atiende su queja:

Sin embargo los historiadores nacionales no la sentían (La verdad de unas palabras de Lamartine sobre la historia), y entonces y después se han complacido, excepto uno que otro, ya no en escribir nuestros anales, no la crónica de nuestros hechos, sino la historia casera, por decirlo así, perdiéndose en la narración de consejas vulgares y de detalles insignificantes, tales como si este saltó una pared, si aquél escribió un papelito, y si el otro dijo, tornó y se fue; y de este modo han torturado la paciencia de los lectores, hasta hacerlos aburrirse, y también avergonzarse de lo que es la historia de Chile, tal como se le presenta confeccionada con habillitas y tradiciones vulgares. Esta es la historia que ha prevalecido, a pesar de mis esfuerzos, en lugar de la narración elevada, de buen gusto y fecundada por la sabiduría. (Obra citada, t. I, pág. XV.)

Si se observa en general nuestra producción histórica—salvo, como dice Lastarria, una que otra excepción—se notan en ella algunos rasgos comunes que podemos formular así: 1.º Una abundancia gigantesca de recopilaciones de documentos, unas veces disfrazadas bajo títulos pomposos y que prometen una historia que no se ofrece; otras veces lealmente rotuladas como corresponde; 2.º Falta de buen gusto literario y de dotes artísticas, en lo que toca al estilo; de reflexión y de ideas generales, en lo que se relaciona con el contenido; 3.º Lugañerismo de la obra histórica, hasta el punto de que muchos de los libros de este género escritos en Chile no serían entendidos por un lector extranjero; y 4.º Exageración del espíritu de rectificación de menudos hechos, datos sin efectiva importancia, fechas, etc. Todo esto no es nuevo y se ha dicho más de cien veces. Pero lo que me fuerza a repetirlo, es el deseo de examinar junto con el lector algunas de las ideas que Lastarria expresó sobre la historia.

La intención cardinal de Lastarria era hacer de la historia una especie de *memoria social*. En ella las colectividades abreviarían experiencia así como los hombres la beben en la suya personal o en la de sus prójimos. Pero para esto la historia de simples datos, de hechos minúsculos no cuenta. La que interesa es la historia de los grandes cuadros ideológicos, que puede perfectamente pasar por alto un hecho y olvidar tales o cuales detalles, con tal de no perder de vista una doctrina o una simple idea. ¿No se ve en el concepto de Lastarria un matiz de sectarismo? De ese desprecio suyo por la investigación rastrea y acuciosa al falsamiento de los hechos para no contradecir una idea querida, no hay sino un paso. Darlo no es difícil cuando no se cuenta con la disciplina científica suficiente y sobre todo

(Pasa a la página 382)